

¿UNA FENOMENOLOGÍA DE LA TÉCNICA?

JAVIER LERÍN RIERA

Es un hecho innegable que en el párrafo 9 de su obra *La crisis de las ciencias europeas*¹ —así como en los textos a él añadidos— Husserl, fundador de la fenomenología, presenta una novedosa concepción de la ciencia frente a la mantenida por él mismo en etapas anteriores de su obra. En efecto, sirviéndose del caso paradigmático provisto por la geometría, Husserl procede a descubrir la vinculación necesaria —históricamente comprobable— existente entre ciencia y técnica, esbozando las bases de la relación que ambas mantienen entre sí. La técnica es una parte perfectamente definida del actuar humano en el mundo; en concreto, tal término —«técnica»— es aplicable a aquellas operaciones mediante las cuales la humanidad conoce, transforma y se relaciona con su mundo en tanto que entorno meramente natural con el fin de asegurar su reproducción en cuanto especie a través de la obtención de un cierto *standard* de vida, buscando siempre alcanzar su emancipación de toda coerción natural. El descubrimiento de esta íntima conexión entre ciencia y técnica es un motivo de peso dentro del conjunto de argumentos que permiten demostrar la falsedad de los postulados propios del ingenuo objetivismo científico que pretende presentarnos al mundo como asentado sobre unas estructuras objetivas de carácter lógico-matemático ajenas en su ser al hombre y a cualquier acto productivo del mismo; estructuras que la ciencia nos descubriría en tanto que pretendido saber «puro» (esto es, en tanto que saber contemplativo y desinteresado, conformado por los enunciados y teorías nacidos de tal contemplación).

Hasta aquí, parte de lo implícito en la argumentación husserliana presente en el ya mencionado párrafo 9 de *Crisis*. Ahora bien, a partir de él cabe preguntarse por la estricta posibilidad de desarrollar una fenomenología de la técnica apoyada en su inicio en la constatación del simple hecho de que todo proceder tecno-científico se basa en mayor o menor medida en el recurso a *artefactos* a través de los cuales el hombre ejerce una acción técnica sobre el mundo. Podría ello parecer algo irrelevante pero, sin embargo, reviste una importancia fundamental, pues el mo-

1. Husserliana, Band VI, *Die Krisis des europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, M. Nijhoff, La Haya, 1956.

tivo objetivista anida tras la comprensión del papel y la naturaleza de los aparatos técnicos. En muchos casos, éstos únicamente son una pequeña «ventana» a través de la cual nos asomamos a una determinada parcela de la realidad. En este sentido, nuestra relación con el mundo cuenta con algo que la media: entre el *yo* y su *cogito* —por una parte— y el *cogitatum* —por otra— se inserta el aparato, cuya meta es otorgar al *ego* el objeto de su *cogitatio* y que, a su vez, debe llevarle hasta el *cogitatum* que conforma su objeto intencional. El problema aparece cuando constatamos que en el uso tecno-científico de aparatos vuelve a asomar de nuevo todo el objetivismo científico que el descubrimiento de la relación existente entre ciencia y técnica parecía haber hecho a un lado, pues las lecturas obtenidas a través del instrumento parecen sancionar todo lo supuesto por la geometrización y la artimetización científicas de la naturaleza; el aparato —que siempre queda señalado con la máxima objetividad en cualquier disputa— ofrece invariablemente lecturas numéricas, dando así por buena la conversión de las cualidades en formas y reforzando la creencia en un en-sí estructural del mundo que respondería a patrones lógico-matemáticos y que sería independiente de cualquier posible productividad humana. Frente a ello —y si no deseamos perder todo aquello que en sus últimos años de vida Husserl hizo alcanzar a la fenomenología— es necesario plantearse la necesidad y urgencia del desarrollo de un estudio fenomenológico de la técnica, prestando en él especial atención a lo que debería ser una caracterización de la naturaleza de los diversos tipos de útiles técnicos. Naturalmente, frente a una exigencia tal puede surgir la duda; ¿es factible una fenomenología de la técnica? y, de serlo, ¿que habría de caracterizarla como tal fenomenología? Sin embargo, en este punto no partimos de cero, pues podemos volver nuestra mirada sobre una serie de trabajos elaborados por Don Ihde a principios de la pasada década; trabajos en los que dicho autor ensaya una descripción fenomenológica de los instrumentos haciendo entrar en juego conceptos tan marcadamente husserlianos como los de *intencionalidad* o *télos*.² ¿Es posible hablar de una intencionalidad instrumental así como de un *télos* instrumental? De ser ello así, ¿en qué medida y cómo se vincularían tal intencionalidad y *télos* instrumentales a la intencionalidad del sujeto operante y al *télos* que éste imprime a sus propias operaciones? Lo que de inicio cabe considerar es que

2. Don IHDE, *Technics and Praxis. A Philosophy of Technology* (Synthese Library, v. 30 & Boston Studies in the Philosophy of Science, v. XXIV), D. Reidel Publishing Co., Dordrech-Boston-London, 1979.

en el seno de la técnica —comprendida como acción o praxis instrumental— la relación del sujeto con el (*su*) mundo cuenta con la presencia del artefacto (desde el simple útil hasta el más sofisticado aparato) como elemento determinante. Basándonos en los trabajos de Ihde podríamos esbozar una tipología de tal relación que pudiera contemplar la existencia de tres casos diferenciados dentro de la vinculación —en la conexión técnica— entre el hombre y su mundo. Así tendríamos, en un primer lugar, las relaciones de *incorporación*, en las que el sujeto experimenta el mundo a través del instrumento únicamente cuando este último se convierte en sí mismo en algo atemático (un ejemplo paradigmático de tal tipo de relación podría encontrarse en el uso que el dentista hace de la sonda bucal). En segundo lugar, tendríamos las relaciones *hermenéuticas*, en las cuales la experiencia del mundo es dada a través del instrumento únicamente cuando éste se convierte en algo temático (pensemos en cualquier aparato que proporcione lecturas que permitan estudiar cualquier fenómeno, como de hecho sucede ya en los sencillos casos de un termómetro o del barómetro); en tal tipo de relaciones el mundo sólo es conocido cuando el instrumento deviene temático y sus lecturas son interpretadas. En último lugar, nos encontraríamos con un último tipo de relaciones aparece como algo no dotado de la misiones de *trasfondo*— en las cuales las mismas máquinas e instrumentos conforman la textura del mundo (situación diariamente común en nuestras propias ciudades). De cara a dar cumplimiento a los objetivos y prioridades anteriormente señalados, este último tipo de relaciones aparece como algo no dotado de la misma importancia que cabe otorgar a los dos primeros tipos reseñados. Es algo claro que en el primero de tales casos el instrumento se desvanece en cierta medida como tal y pasa a ser incorporado al sujeto operante como un quasi-órgano; órgano que, por su parte, prima un determinado tipo de experiencia del mundo circundante de ese mismo sujeto en el que ciertos aspectos de tal mundo son «amplificados» mientras que otros, por el contrario, se ven desechados. Por su parte, las relaciones del segundo tipo adquieren una importancia fundamental —como ya ha sido puesto de relieve— desde el instante en que el uso de la clase de artefactos que las mismas involucran ha sido y es uno de los puntales sobre los que apoyan su parecer los defensores de la ciencia «pura» (esto es, de la ciencia entendida como simple conjunto de enunciados asertóricos en los que una supuesta estructuración lógico-matemática del mundo quedaría simplemente descrita).

Es necesario, pues, un análisis del «comportamiento» instru-

mental en el seno de lo tecno-científico del actuar humano; análisis que, obviamente, debe contar con la calificación del ente como «ente-para» pero que, además, debe también basarse en un intento de dilucidar los problemas que tal temática presenta desde los postulados de lo que con toda legitimidad podemos denominar como *último* Husserl, haciendo con ello entrar en juego los conceptos de intencionalidad y *télos* para poder llegar, por último, a una consideración «ética» de la tecno-ciencia en su imbricación con el ser total de la humanidad, lo que —a nuestro parecer— no dejará de llevarnos a un acercamiento con respecto a ciertos planteamientos presentes en la obra de Habermas. Sin embargo, en una exposición tan breve como la presente sólo podemos aspirar a justificar ante el lector por qué sería útil y necesaria una fenomenología de la técnica y cómo podría ser ésta posible, señalando cómo se ve exigida por el propio pensamiento de Husserl y precisando qué elementos del mismo deberían ser puestos en juego para poder elaborarla; intentar llegar aquí más lejos es algo materialmente imposible. De todos modos, aún nos es posible transcribir una afirmación de Ricoeur en la cual queda patente la importancia del instrumento en la propia constitución y experiencia humanas del mundo, así como en la autoconstitución misma de la humanidad como tal:

«... si el hombre tiene una historia es primariamente porque trabaja y porque lo hace con *herramientas*...»³

3. RICOEUR, P., *History and Truth*, trans. by Charles Kelbley, Northwestern University Press, Evanston, 1965, p. 82.